

anda CONMiGO

De 0 a 100 franquicias en 4 años: nadie crea algo extraordinario desde la calma, yo lo hice desde el caos



JAVIER BERGÓN

Prólogos de Mago More y Cipri Quintas

anda CONMiGO

De 0 a 100 franquicias en 4 años: nadie
crea algo extraordinario desde la calma,
yo lo hice desde el caos

JAVIER BERGÓN

G2000

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Javier Bergón, 2025

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2025

Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.444-2025

ISBN: 978-84-9875-599-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: QP PRINT

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prólogo de Cipri Quintas	11
Prólogo de Mago More.	15
Introducción. Levántate y anda	19

PRIMERA PARTE

Un negocio con propósito

1. Cómo surge la idea	29
2. Un modelo de negocio a medida	39
3. Caminar solo o acompañado.	49
4. Cambio de rol	61
5. Aprender a base de <i>leches</i>	71
6. Definiendo el cliente y el precio	83
7. En los primeros años te la juegas	93

SEGUNDA PARTE

Cómo franquiciar un negocio

8. La decisión de franquiciar	107
9. La primera franquicia (y las lecciones que aprendí) ..	117
10. La relación entre franquiciador y franquiciado	131
11. Una expansión imparable	139

12. Internacionalización.....	151
13. IA y nuevas tecnologías aplicadas a anda CONMiGO	161
14. La Fundación anda CONMiGO: principio y final....	169
 Epílogo. Hacia dónde camina anda CONMiGO	179
Anexo 1. Errores y aciertos como emprendedor	185
Anexo 2. Aspectos para tener en cuenta a la hora de franquiciar un negocio.....	195
Anexo 3. Cuarenta frases motivacionales para los negocios	199
Agradecimientos	203

Cómo surge la idea

Las ideas no duran mucho. Hay que hacer algo con ellas.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

El ser humano, desde el inicio de los tiempos, tiene un impulso creador. Como si tratara de imitar a Dios, el Creador de todas las cosas, imagina realidades nuevas y se esfuerza por construirlas. A veces lo logra y a veces no, pero el impulso está ahí, y resurge una y otra vez.

Mi motivación para crear anda CONMiGO fue, en su origen, ayudar al desarrollo de Mariete, que sufría parálisis cerebral y arrastraba, en aquel momento, un grave retraso cognitivo y motorico. Pero también, no vamos a negarlo, era ayudarme a mí, pues llevaba años pasándolo mal, hasta el punto de sentirme hundido en aquel noviembre de 2012.

La idea no surgió como si se me encendiera una bombilla en la cabeza. De hecho, las ideas no suelen surgir así. Esa imagen arquetípica del genio o el inventor al que de pronto se le ilumina el cerebro y da a luz una nueva creación es simplista y no se parece mucho a la realidad. La inspiración no aparece de un día para otro, sino que es parte de un proceso, de idas y venidas, de

pruebas, errores y rectificaciones. Más que una chispa que enciende un fuego es como una serie de chispitas que encienden pequeños fueguitos, algunos de los cuales perviven y acaban conformando una generosa hoguera.

En mi caso, el punto de partida, la motivación inicial, estaba clara: encontrar una manera de acelerar el crecimiento de mi hijo cuando eso todavía era posible, es decir, durante su infancia. Pero no surgió de pronto, sino que se fue fraguando a partir de la experiencia. Aquel día, en aquella acera de Boadilla del Monte, nacieron el impulso que me ayudó a levantarme y la intención de montar algo, no sabía el qué. El proyecto fue tomando forma a lo largo de los tres años siguientes. Durante ese tiempo, seguí acompañando a Mariete a diferentes terapias. Por un lado, como era menor de seis años, tenía plaza en el Servicio de Atención Temprana de la Comunidad de Madrid, que además estaba cubierta por mi municipio como un servicio propio de Boadilla del Monte. Cumplen una función muy buena, son una buena ayuda, pero para mí en aquel momento era muy básica y muy genérica. El equipo terapéutico es excelente, pero tienen muchos niños y al final no pueden dedicarle a cada uno de ellos la atención y el tiempo necesarios para que realmente avancen y mejoren todo lo que podrían avanzar y mejorar.

En nuestro caso, nos daban media hora los martes y media hora los jueves, lo que me parecía muy insuficiente, así que decidí completarlo con otros dos días en un área más de especialización. Empecé a estudiar qué opciones y herramientas existían para fortalecer el desarrollo de mi hijo. En 2014, por ejemplo, con un considerable esfuerzo económico fui a un centro terapéutico fuera de Madrid porque ofrecían un programa de fortalecimiento motórico llamado Therasuit. Se trata de una idea concebida por dos fisioterapeutas de Polonia para sus dos hijos, que sufrían también parálisis cerebral. Tenían amplios conocimientos terapéuticos y utilizaron un concepto desarrollado por investigadores rusos para tratar las atrofas musculares de los astronautas que pasaban mucho tiempo en el espacio. Crearon unos trajes con cordeles que se ponen a los niños y con los que, mediante la repetición de una serie de ejercicios, mejoran su propiocepción, es de-

cir, la percepción de su propio cuerpo. Con un sistema de gomas, se coloca al niño recto y, a partir de ahí, se empieza a trabajar.

El concepto me gustó muchísimo, y también la forma como se implantaba: tenían programas de fortalecimiento de tres horas al día durante un mes completo. El único problema era que costaba bastante dinero (un dinero que, por supuesto, tenía que pagar yo solo) y que se llevaba a cabo en Guadalajara, a una hora en coche de donde vivíamos. No obstante, lo hice. Fue en febrero de aquel año, 2014, uno de los meses más agotadores de mi vida. Salía de la oficina a última hora de la mañana, recogía a Mario, lo llevaba hasta el centro, donde él arrancaba con la terapia a las dos, y me quedaba allí teletrabajando para poder recogerlo a las cinco de la tarde, dejarlo en casa de mi madre y volver a la oficina. Así estuve durante un mes.

La última semana pude ver los avances de mi hijo. Empezaba a dar unos pequeños pasitos, lo cual, viniendo de donde veníamos, me pareció maravilloso. El problema fue la decepción posterior: cuando dejó de utilizar el traje, lo que habíamos ganado se perdió. Psicológicamente fue un *shock* grande, tanto para mi hijo como para mí, porque no nos lo habían advertido antes. Eso fue lo que más eché en falta y más me dolió: no tener información sobre lo que se podía esperar, algo que nadie me había explicado con detalle.

Fui tomando nota de aquella y de otras experiencias con distintas terapias, de lo que me gustaba y lo que no. De aquella manera, puramente experiencial, empecé a dar forma en mi cabeza al embrión de un método asistencial nuevo y diferente, un método que en aquel momento todavía no tenía una estructura clara ni un nombre (igual que el embrión de un bebé en la primera fase), pero que acabó derivando en el que actualmente aplicamos en anda CONMiGO.

CONVERTIRSE EN UN LUCHADOR

En aquellos años en que la idea se fue formando tuve experiencias bastante negativas con los centros educativos. En uno, por

ejemplo, mi hijo tenía que subir a gatas por las escaleras porque no podía usar el ascensor. También sufrió *bullying* en más de una ocasión, como cuando usaba un andador y en el recreo los compañeros jugaban con él al «torito»: él era un toro y los compañeros, alrededor, lo «toreaban». Suerte que Mario es un chico fuerte, pero esas situaciones no se pueden permitir. De hecho, todavía me sorprende que se permitan.

Una de mis luchas ha sido siempre que no perdiese el ciclo educativo, porque yo tenía claro que él iba a recuperar su retraso e iba a llegar al nivel de los demás. Tenía mucha fe en él, en el trabajo y en la ayuda que yo le iba a conseguir, aunque para ello tuviera que cambiar mi vida de arriba abajo, como finalmente hice. Mi meta era que fuese funcional a un 95 por ciento, aunque tuviera que ir con muletas. Pensaba: «Cuando consiga eso, habré cubierto mi objetivo». Para lograrlo, me propuse potenciar su espíritu de lucha. Tenía que darle ejemplo, así que yo también tenía que convertirme en un luchador.

¿De dónde saqué la disciplina y la fuerza para hacerlo? Tal vez sea importante mencionar aquí un episodio de mi biografía que sin duda me ayudó. Me refiero a que a los catorce años, después de crecer en un barrio humilde de Getafe y estudiar en un colegio público, entré en una academia militar. Lo hice porque un primo mío estaba en el Ejército y aquel mundo me llamaba la atención. Aunque no era un estudiante brillante, me esforcé para sacar buenas notas y logré una plaza en el Instituto Politécnico del Ejército en Calatayud. Y así, para disgusto de mis padres, pues yo soy hijo único y siempre hemos estado muy apegados, en 1987 abandoné mi casa y me fui a vivir a esa academia.

Allí estuve tres años, hasta los diecisiete, que fue cuando empecé el servicio militar. Durante los dos primeros cursé una especialización en Administración y Contabilidad, y luego pasé a Informática, en una época en que la informática todavía estaba en pañales. Era una especie de Formación Profesional, pero más intensa y difícil. La disciplina era férrea, y la exigencia en los estudios, muy alta, pero a mí me gustaba. Echaba de menos a mis padres, a los que llamaba todos los días (y eso que por entonces no había móviles), pero creo que aquello contribuyó a hacer de

mí una persona fuerte, capaz de enfrentarme a adversidades como las que la vida me trajo más tarde.

Estuve en el Ejército hasta los veinte años. A los dieciocho juré bandera y estuve dos años más estudiando y trabajando, pero ya destinado en Madrid, concretamente en Capitanía General. Salí en 1992 porque lo que me gustaba era la informática y no me veía dedicando mi carrera a ir subiendo en el escalafón militar. La ventaja es que a los veinte años ya tenía el servicio militar hecho, una formación y dos años de experiencia laboral, así que enseguida encontré trabajo.

Aquellos seis años en el Ejército, entre la academia militar y Capitanía General, me forjaron un carácter disciplinado y resiliente que no creo que hubiera desarrollado yendo a un instituto normal y estudiando una carrera en la universidad. Y eso, como digo, me sirvió sin duda para afrontar aquellos años difíciles con Mario, en los que luchábamos los dos para encontrar tratamientos que lo ayudaran realmente con sus dificultades de desarrollo. El problema más grande era la descoordinación entre los equipos terapéuticos (logopedas, psicólogos, fisioterapeutas, pediatras, traumatólogos, rehabilitadores, neurólogos, etc.) que tratan a nuestros pequeños, los centros educativos (donde pasan más de la mitad del día) y las familias. No había nadie que tomara las riendas, coordinara y dijera: «Éste es el objetivo y lo vamos a conseguir así y así». Cada uno hacía lo que podía, pero por su cuenta y riesgo. Los centros públicos de ayuda al desarrollo se las apañaban con los medios que tenían. Los centros educativos, lo mismo. Y los padres y los niños íbamos de aquí para allá tratando de encontrar nuestro propio camino, buscando información por todas partes y sacando tiempo y dinero de donde podíamos para darles a nuestros hijos los mejores tratamientos.

LA DECISIÓN

En aquellos años vi claramente que hacía falta un servicio que ofreciera la coordinación que las familias no encontraban. Y también vi claramente que, si no existía, tenía que crearlo yo.

Así que, poco después de levantarme de aquella acera, tomé una decisión: dejar mi trabajo y crear un centro que facilitara a las familias y sus hijos, empezando por mí y por Mario, aquello que no nos estaba ofreciendo el sistema, ni el público ni el privado: un plan de trabajo coordinado con expertos de diferentes áreas y las terapias más avanzadas. Y, además, a un precio asequible.

Aquella decisión fue difícil y al mismo tiempo fácil. Me explico. En Capgemini disfrutaba de una posición muy buena. A nivel de organigrama estaba justo debajo de una de las direcciones generales. Había empezado a trabajar muy joven y tenía poco más de cuarenta años, por lo que me esperaba una proyección al alza y mucho recorrido por delante. De hecho, unos meses antes del ERE, en 2014, mi jefe en aquel momento me había llamado un día a su despacho. Necesitaba que estuviera más a su lado para ayudarlo en toda la parte de gestión, organización, nuevos proyectos, etc. Aquello habría sido, *de facto*, un ascenso que me habría colocado en una muy buena posición para seguir subiendo en el escalafón. Lo miré y le dije: «Me encanta lo que me estás proponiendo, y seguro que a tu lado aprendería mucho, pero ahora mi prioridad es mi hijo. Cualquier día me dirás que tenemos una reunión por la tarde con dirección comercial o con quien sea y entonces te fallaré y no podré estar al nivel que tú necesitas. Seamos realistas. La cosa no se aguantaría ni tres meses. Y, además, se acabaría resintiendo la buena relación que tenemos ahora». Estábamos hablando de una consultora *big five*. No podías estar a medias. O ibas a por todas o mejor te apartabas. Era tentador, a nivel profesional, por eso digo que la decisión fue difícil. Pero, por otro lado, yo ya tenía clara mi prioridad: mi hijo Mario y, por extensión, toda mi familia. Por eso, al mismo tiempo, también fue una decisión fácil.

Me puse un *deadline* para dejar la empresa: finales de 2016. En aquel momento, Mario cumpliría ocho años y a mí se me acabaría la jornada reducida de la que disfrutaba por aquellas fechas, que me permitía atender a mi hijo en condiciones y ayudarlo a salir adelante (trabajaba de ocho a tres y contaba con la mayor parte de las tardes para atenderle y llevarle a sus terapias).

A partir de entonces no iba a poder estar al cien por cien, y mi hijo me necesitaba al doscientos por cien. Ése era el plan, pero la cosa se adelantó. Se cumplió, una vez más, aquello de que «el hombre propone y Dios dispone».

A principios de 2015, Capgemini puso en marcha un ERE. Por entonces, ya hacía tiempo que yo probaba terapias, analizaba la situación asistencial y le daba vueltas a cómo sería el centro que quería crear. Fui elaborando la visión de cómo debería ser para cubrir todo aquello que yo, como otros padres, echaba de menos en el sistema de salud: en el público por falta de medios y en el privado por falta de coordinación.

Después de la idea, por tanto, vino la visión, aunque en realidad ambas van muy de la mano, pues las ideas no son algo que nazca del vacío, sino que se asocian a experiencias concretas y se proyectan de alguna manera hacia el futuro. Uno no se levanta un día y dice, por ejemplo: «Voy a crear un ordenador personal que permita a las personas de a pie trabajar mejor y disfrutar fácilmente de las ventajas de la informática». No creo que fuera eso lo que les pasó a Steve Jobs, Steve Wozniak y Ronald Wayne, fundadores de Apple. En su lugar, lo que suele pasar es que vas viendo cómo evoluciona la sociedad y qué necesidades hay, vas conociendo un campo determinado (la informática en el caso de Apple, la asistencia a niños con retraso cognitivo y motor en mi caso) y vas analizando qué medios tienes, y con todo eso empiezas a tener ideas y visiones de lo que te gustaría crear. Le das vueltas, seleccionas unas ideas y descartas otras, hasta que queda una asociada a una visión, que luego todavía puede evolucionar a medida que se materializa. No creo, por tanto, en el famoso «eureka» ni en la manzana que te golpea la cabeza y de pronto te ilumina, sino en un proceso creativo de idas y venidas, de muchas manzanas cayendo y muchas dudas, de pensárselo mucho hasta que el proyecto toma su forma definitiva.

Por tanto, cuando la empresa puso en marcha el ERE, a principios de 2015, ya tenía claras la idea y la visión. Además, había tomado la decisión de empezar a materializarlas a finales de 2016. Pero todo se precipitó. Vi que el ERE era una buena oportunidad para salir de Capgemini con un dinero que podría inver-

tir en mi nuevo proyecto y fui a hablar con mi superior. Le expliqué mi proyecto y le pedí acogerme al ERE. Llevaba ya nueve años en la empresa y no tenía intención de irme a la competencia ni de hacer nada que pudiese perjudicar a la empresa. Siempre fueron comprensivos con mi situación y me ayudaron, así que no puedo tener más que buenas palabras hacia ellos. Sabían lo que estaba viviendo con Mario, cuál era mi situación y cuál era mi objetivo: montar un proyecto propio, estar más con mis hijos y, en general, organizar mi vida y mi familia.

Y aceptaron.

Y empezó para mí una nueva vida.

Con mucha ilusión.

Y mucha incertidumbre.